

XV. SOBRE EL ALUMBRAMIENTO, LA VISTA Y LOS NÚMEROS.

GRODDECK había sostenido durante mucho tiempo algunas teorías caras a él sobre el embarazo y el alumbramiento, y durante el verano tuvo la oportunidad de ponerlas a prueba.

El 8 de noviembre de 1823, escribió a Freud:

Hace mucho tiempo que no le he escrito, pero he pensado en usted aun con mayor frecuencia. Básicamente, nunca dejo de pensar en Freud.

A pesar de todos los extraños hechos que ocurren en Alemania, seguimos viviendo nuestras vidas de antes. El trabajo sigue su curso, algunas veces con éxito y otras sin él. Dos veces en el curso del verano he tenido la oportunidad de observar en mi sanatorio el embarazo, el parto y las primeras semanas de vida del recién nacido. Mi suposición de que podían lograrse resultados especialmente buenos con el psicoanálisis en el campo de la obstetricia se ha fortalecido con esto. Las dificultades del embarazo -ambas eran primíparas, una de 33 años- desaparecieron muy rápidamente. Los partos fueron cortos y fáciles; hasta la de más edad exclamó en el momento de la expulsión de la cabeza a través de la vagina: “¡Oh, qué hermoso, qué hermoso!”

No fue sino en la década de los cuarenta cuando recibió gran publicidad el parto “natural” de Grantly Read. Al escribir sobre la técnica de Read, Erik Erikson la llamó:

...una de las experiencias más alentadoras de mi vida profesional. Los hechos son ya bastante conocidos, aunque los datos necesarios para una apreciación definitiva acaso no existan aún. En los términos empleados aquí, diríamos que el objetivo es el parto sin ansiedad. La futura madre sentirá algún temor porque sabe que el dolor es inevitable. Pero el hecho de que la madre haya aprendido, mediante ejercicios e instrucciones, a conocer la localización y la función de las contracciones que provocan el dolor; y el hecho de que espera, en el ápice de la curva del dolor, tener el privilegio de decidir conscientemente si desea o no recibir alivio mediante drogas, esta situación enteramente juiciosa le impide que desarrolle el estado de ansiedad que en el pasado era provocado por la ignorancia y la superstición y que, con frecuencia, era la causa del dolor excesivo.

Cuando Frieda Fromm-Reichmann se enteró del gran interés que producía la “nueva” técnica de Read, esto la divirtió. “Groddeck decía esto hace 40 años”, dijo.

El creciente interés por el uso de la psicoterapia en situaciones obstétricas -aun el interés actual en el hipnotismo- fue claramente anticipado por Groddeck. Desgraciadamente, su plan para una sección de maternidad en su sanatorio nunca se materializó.

La carta a Freud proseguía:

El proceso del parto me ha conmovido muy extrañamente. La acostumbrada antipatía de las mujeres a amamantar al niño podía ser seguida hasta sus raíces y eliminada. Con una, cuya leche se detuvo a las 24 horas, la secreción de leche comenzó de nuevo después que se hizo evidente una antigua y cuidadosamente suprimida hostilidad contra su propia madre.

En ninguno de sus trabajos ni de sus cartas mencionó Groddeck las razones de que su propia madre fuera incapaz de amamantar a sus hijos, salvo al primero. Ésta es una de esas omisiones que hacen reflexionar a un lector. Puedo advertir la infelicidad de su padre en su relación con la madre y la extraña conducta de la madre en la confirmación de su hija, pero cuando investigaba las relaciones de madre a hijo, nunca habló de su propia madre. Quizás temía mirar demasiado de cerca la relación con su propia madre; indudablemente, no era un temor consciente.

Se preocupó por problemas de la alimentación de los hijos por la madre y escribió sobre esto más tarde en un artículo, pero aquí decía: “Podría dar pruebas de que la alteración de la leche y la inflamación del pecho en madres que acaban de dar a luz son especialmente adecuadas para un tratamiento psicoterapéutico exitoso”, y seguía con otros síntomas de la perturbación en la relación de madre e hijo.

Pero sobre todo se me hizo evidente que hay algunas dificultades de los niños provocadas consciente o inconscientemente por la madre y que desaparecen después del análisis de la madre.^{1*} Todo era tan instructivo que despertó en mí el deseo de tener más destreza técnica en el campo del parto. Entonces, sin más, uniría un sanatorio de maternidad a mi propio sanatorio. Hay todavía mucho que aprender en el campo del estudio del alma de la madre y el niño, así como en la práctica de la obstetricia.

Hay algunas otras cosas que he visto que están en mi propia dirección. Desgraciadamente, cuanto más activo sea uno, el confiado auto-engaño causado por los propios descubrimientos se hace cada vez menor y resulta progresivamente más difícil no perder la dirección entre la multitud de caminos, en el laberinto del inconsciente. No hay mucho más que registrar. Paso cada vez más tiempo observando cuidadosamente.

Tengo planeado cerrar el sanatorio a mediados de diciembre. Nosotros -Emmy y yo que, por cierto, nos hemos casado, por fin, en una ceremonia civil- iremos a Holanda, Dinamarca y Suecia, donde daré conferencias. Sin embargo, nada es definitivo.

De vez en cuando recibo noticias de su salud. También he recibido las noticias de sus operaciones. Mis pensamientos y buenos deseos están con usted, a quien quiero tanto.

Freud envió al punto sus felicitaciones por el matrimonio. “Básicamente, sigo siendo partidario de la respetabilidad”, dijo. Posiblemente la presencia de Frau von Voigt en los congresos había aumentado la desaprobación general para Groddeck. Nunca trató de explicar que había estado esperando años para poder divorciarse de Else, que la guerra y la inflación habían hecho imposible un divorcio anterior. En todo caso, Freud quería estar seguro de que el matrimonio no impediría a Emmy seguir traduciendo sus *Obras* al sueco, y siguió diciendo:

Sus escritos científicos son, como siempre, interesantes, originales y esperanzadores. Pero me abstengo de cualquier intento de influir sobre usted, que no puede tomarlo siempre bien.

Sobre sí mismo, sólo puedo decirle que estoy enfermo. Parece que usted conoce los detalles. Naturalmente sé que es el principio del fin. No podemos saber por anticipado si esto continuará directamente o con interrupciones, pero tiene que haber un fin y no dejaremos de conocer la continuación.

Por entonces (25 de noviembre de 1923), el diagnóstico del cáncer era conocido por Freud y por Groddeck. Groddeck no estaba alarmado. Su trabajo le había probado una y otra vez que un diagnóstico no era sino un título, una definición y que “cáncer” o “enfermedad del corazón” no probaban nada. Cada cáncer era distinto de todos los demás y seguía un desarrollo individual.

1 * Esto significa algunas pláticas con la madre. No, por supuesto, un psicoanálisis clásico.

Unas semanas después Emmy escribió a Freud para decirle que seguía sus traducciones y para invitarlo a visitar Baden-Baden. Freud le agradeció la invitación, pero dijo que no podía viajar. Si, en la primavera, volvía a sentirse bien, tendría que trabajar, pero esperaba ver a los Groddeck en Pascua, en el congreso de Salzburgo. Emmy también había pedido permiso para informarse acerca del premio Nobel para Freud, pero él le dijo amablemente que su nombre había sido sugerido muchas veces y rechazado el mismo número de veces.

En 1919, el Dr. Millais Culpin, uno de los primeros psicoanalistas de Inglaterra, había pedido a su amigo el Dr. William Inman que lo ayudara en un estudio estadístico. Inman era cirujano oftalmólogo y Culpin quería aprender de él si los pacientes que sufrían dificultades visuales habían tenido miedo alguna vez a la oscuridad. Culpin quería saber qué proporción de la población general (los pacientes de Inman) tenían miedo a la oscuridad en comparación con los “neuróticos” (y buscaban la ayuda de un psiquiatra). Culpin creía que el miedo a la oscuridad sería casi universal.

La investigación del Dr. Inman pronto fue abandonada. Descubrió, según informó en un artículo, “La emoción y los síntomas del ojo”, que “los pacientes de un cirujano oftalmólogo no podían considerarse como normales... muchos eran de tipo neurótico... propensos a sufrir por fobias...” En realidad, a Inman le parecía, al escuchar a sus pacientes, que nunca había visto a un individuo “sano”. “Casi todos”, escribió, “los que se quejaban del efecto del resplandor o de la luz brillante, natural o artificial, tenían un miedo definido a la oscuridad o podían recordar sus esfuerzos por librarse del miedo cuando eran niños”.

El artículo de Inman, escrito en 1921, fue el primero de una serie, la mayoría de la cual fue presentada a la Sección Médica de la Sociedad Psicológica Británica. El primer artículo fue reproducido más de 30 años después, sin alteraciones, en el libro *Las tendencias modernas en la medicina psicosomática*, e inclusive entonces, en 1955, cuando el libro fue publicado en los Estados Unidos, muchos oftalmólogos encontraron sorprendentes las teorías de Inman. Si, como pretendía Inman, la mayoría de los pacientes que consultan a un oftalmólogo están emocionalmente perturbados, debe de haber algo erróneo en el tratamiento de las enfermedades de los ojos. Apenas hay un síntoma de los ojos, salvo la histeria obvia, que sea tratado como algo distinto de un defecto mecánico.

En 1954, en una adición a su trabajo original, dijo Inman que las opiniones que había expresado en 1921 “habían caído en oídos sordos, y la locura de los lentes había seguido adelante”.

Pero también prosiguió la investigación y como los escasos analistas de esa época ya tenían bastante que hacer con la exploración mental, también decidí informarme. Freud me remitió a Sandor Ferenczi, elección afortunada, porque unos cuantos años antes él mismo, aparentemente incurable de una enfermedad del riñón, había acudido para tratamiento al maestro de la medicina psicosomática, Georg Groddeck, y había sido curado.

Durante su análisis con Ferenczi, el Dr. Inman, que no quería interrumpir el análisis en el verano, fue a Baden-Baden cuando Ferenczi estaba allí, tomó un cuarto en el hotel y siguió su sesión diaria. Un día, cuando Inman, en el diván, se explayaba sobre teorías altamente especulativas respecto de la enfermedad y las emociones, Ferenczi exclamó: “¡Dios mío, esto es ser más groddeckista que Groddeck!” Pero sólo dijo de Groddeck, cuando Inman le preguntó quién era, que algún día deberían conocerse.

Fue Ferenczi, recordaba Inman, quien le advirtió que los oculistas serían los últimos en aceptar las tendencias psicológicas modernas. “¡El ojo es un órgano tan puro!”, dijo Ferenczi.

Es notable que casi ningún otro oftalmólogo haya publicado nada que demostrara algún interés por la psicodinámica de su campo. En realidad, ningún otro grupo de especialistas médicos manifiesta tanta resistencia a los conceptos psicoanalíticos, con excepción de los psiquiatras.

No obstante, si examinamos lo que significa el ojo, quizás no sea tan sorprendente. En todos los idiomas, ver equivale a conocer, a entender; con frecuencia las palabras son intercambiables.

Es un axioma de medicina que la elección de una especialidad es dictada por el propio interés del médico y que no siempre es un interés consciente. Así, algunas de las figuras eminentes en enfermedades del pecho son personas que se han curado de tuberculosis o han visto la enfermedad en personas cercanas a ellos. El ginecólogo admite sentir un hecho, que él -no la madre- da a luz al niño. Sería interesante especular acerca de lo que dicta la elección de la oftalmología. Concentrarse en los problemas de los demás es una forma de resistencia bien conocida, manifestada por quienes están siendo psicoanalizados. Por lo general, precisamente en los problemas que no quieren ver en ellos mismos.

Concentrarse intensamente en el órgano de la vista y en el mecanismo de la visión puede ser considerado como una resistencia contra la conciencia de “ver” (entender). Como desplazamiento, tal como se produce en el paso del hambre de amor al hambre de comida en el exceso de comer, es una práctica humana común. El enfoque desplazado lo proyecta entonces el oftalmólogo sobre el paciente, para constituir otra línea de defensa para el oftalmólogo contra la “comprensión”.

El valor de los lentes como escudo contra un contacto demasiado cercano con los demás ha sido registrado por pacientes en análisis, aun cuando los lentes no supongan una corrección óptica. El uso de cristales oscuros como disfraz tras el cual es posible esconderse es conocido en general inclusive entre los legos. Con frecuencia se les llama “pantallas” (“*shades*”) y otros nombres diversos, relacionados con esconderse.

En enero de 1924, escribió Groddeck a Freud que Emmy había terminado la traducción sueca de *La psicopatología de la vida cotidiana*, que estaba lista para publicarse. Emmy la había dejado en Suecia y proyectaba empezar al punto la traducción de las conferencias de Freud.

Groddeck quería encontrarse con Freud en el congreso, en primavera. Proyectaba una conferencia sobre el desarrollo futuro del psicoanálisis, “para la que esta vez sí me prepararé, porque se referirá a cuestiones básicas”. Prefería hablar extemporáneamente, pero sabía que se enfrentaría a un auditorio dispuesto a menospreciar cualquier cosa que dijera, y el tema requería preparación.

La carta de Groddeck se refería a un largo artículo de Freud donde analizaba un error de números que Emmy había estado traduciendo. Escribió que, al traducir el pasaje citado, Emmy había hecho un descubrimiento que Freud quizás consideraría valioso, si él mismo no lo había descubierto. “Las opiniones de una persona imparcial son siempre valiosas. Se refiere a las cifras 2, 4, 6, 7. Debido a que usted ha dado este ejemplo de un número, mi esposa concluye que todo lo relacionado con eso tiene un significado especial para su inconsciente... ella sabe que usted cumplió 67 años este año... Comparto su opinión de que con esto puede encontrarse una interrelación con los niveles profundos de su inconsciente”.

Lo que querían probar Emmy y Groddeck era que Freud esperaba morir a los 67 años. Pero después de hacer la observación, la carta de Groddeck terminaba con una larga posdata. Decía que después de terminar de escribir, había descubierto que había cometido un error. Había escrito 2, 4, 6, 7 como 4, 2, 6, 7. Para no ser rebatido por Freud, hizo nuevamente un análisis del error antes de volver a tomar la pluma.

La posdata terminaba con la conclusión: “Usted está decidido a retirarse a los 67 años.” Decía además: “La palabra ‘obviamente’ es igualmente sospechosa que las palabras probablemente, seguramente, quizás, etc.”

Estas palabras en especial y frases tales como “ser franco”, “ser verídico”, siempre resultaban sospechosas para Groddeck. Decía que disfrazaban algo. Lo que es obvio no tiene que ser llamado obvio. También las palabras “probablemente”, “seguramente”, “quizás” eran recursos para proteger al que habla, algo así como el gesto del niño que cruza los dedos cuando dice una mentira.

La carta terminaba con una súplica. “Me gustaría que todo esto lo animara a ocuparse una vez más de su enfermedad y a venir a Baden-Baden.”

El propósito de la larga discusión era hacer ver a Freud que en la obra en cuestión había expresado que pensaba retirarse o morir a los 67 años y que su grave enfermedad actual era una manera de auto-castigarse. Groddeck quería provocar y hasta enojar a Freud para que pensara en eso y, así, animarlo o provocarlo a que se curara.

Freud, que replicaba a todas las cartas, envió una respuesta a esta en una tarjeta.

Querido Doctor: ¡De modo que usted, es decir, su mujer ha observado algo! Todo este tiempo me había estado preocupando la posibilidad de dar una confirmación a las potencias ocultas. Eso parece haberse evitado felizmente, pues he empezado un nuevo año. Los mejores deseos para su viaje.

Suyo, *Freud*

Muchos de los comentarios de Groddeck a Freud arrojan luz sobre el propio Groddeck. En un lugar se refería a la pobre gente “que ni siquiera podía conservar su propio nombre”. Siempre había tenido un apodo. De niño era Pat. Sus pacientes le decían sus propios apodos; “Grodgie” era un favorito entre los ingleses. En *Dach Buch vom Es*, es Patrik Troll. Decía que el nombre Georg le resultaba tan extraño que todos los documentos oficiales que firmaba la hacían sentir como un impostor.

Siempre se interesaba por los números y las fechas. Durante mucho tiempo, cuando se impacientaba por repetir algo, decía: “Ya se lo he dicho 26,783 veces.” De este hábito escribió:

Esto me molestaba, y el misterio de este número me intrigaba. Se me ocurrió que la suma de todos los números de esta larga cifra es 26, precisamente el mismo número que está separado de las otras cifras cuando se dice todo el número. Con 26, pienso en mi madre. Tenía 26 años cuando murió mi madre. Mis padres tenían 26 años cuando se casaron; en el año 1826 nació mi padre. Si se toma la suma de los otros tres números, 783, damos con el 18. Aíslense las 3 primeras cifras como $2 \times (6+7)$ y se tendrá el 26. Añádase el 2 a las dos últimas cifras 8X3 y, nuevamente tenemos 26. Yo nací el 10/13/66. Estas cifras pueden sumarse para dar 26.

He analizado el número 26,783 de otra manera. Me parecía que el 2 se sostenía por sí solo, ya que lo había aplicado sin saberlo a las dos operaciones con $6+7$ y 8×3 . Los demás números se agrupan, bajo la influencia del 2 aislado como 67, 78, 83. 67 era la edad de mi madre cuando murió. 78 es la fecha en que tuve que salir de mi casa para entrar en una escuela como interno. En el 83 perdí para siempre mi antigua casa, porque en ese año mis padres salieron de la ciudad donde yo había nacido, para establecerse en Berlín. Ese mismo año tuve una vivencia, cuyo efecto duró un gran periodo de mi vida... El año de 1883 ha resultado especialmente importante en su influencia sobre mi existencia externa. Esto corresponde a su posición importante como cifras finales en el misterioso número 26,783. Poco después de esto... me enfermé de escarlatina, como resultado de lo cual contraí una nefritis. Después... pasé por otra enfermedad del mismo carácter.

No era accidental que Groddeck advirtiera todos los “por tantos”, “probablemente” y otras palabras semejantes de Freud. Observaba particularmente todas las peculiaridades de la escritura y la manera cotidiana de hablar. Por ejemplo, observó, una criada explica que se rompió una taza diciendo: “El asa se me salió de la mano.” Si un hombre tiene un catarro dice que lo “pescó”, pero si sufre de sífilis, “sin duda acusará a alguna desgraciada mujer de habérsela pegado”. Y decía de un paciente que daba señales de resistencia: “Nos tardamos más en entender el significado de una de mis frases habituales en esa época; una que otra vez yo utilizaba las palabras: ‘Para ser franco, o inclusive ‘Debo confesarle francamente’. D. concluyó de esto que yo estaba mintiendo, lo cual no era del todo tonto de su parte.”

Parece indudable que Groddeck, en su cuidadoso análisis del artículo de Freud, pensaba que tenía la prueba de que Freud estaba permitiendo al cáncer obligarlo a retirarse. Groddeck confiaba en que él podía ayudarlo a derrotar al cáncer. En un sentido, por supuesto, Freud lo derrotó. Vivió 16 años después de la primera operación y no murió hasta los 83 años, pero sufrió repetidas intervenciones quirúrgicas, varias con inadecuada anestesia local, y sufrió grandes dolores. Quizás, de acuerdo con las teorías de Groddeck, el sufrimiento era suficiente para que el Ello de Freud le permitiera seguir viviendo.

Durante varios meses después de la tarjeta de Freud, no hubo más correspondencia. Freud no estaba suficientemente bien para asistir al Congreso de Salzburgo y Groddeck tampoco fue. En el verano llegó Ferenczi, y William Inman con él. Ferenczi llevó las últimas noticias de la salud de Freud, que no era buena.

En diciembre, Freud escribió preguntando por qué no había tenido noticias de Groddeck. Groddeck replicó que había visto a Ferenczi, pero cuando supo que Freud no asistiría al congreso, perdió interés en él. Hasta la conferencia que había proyectado pronunciar fue olvidada, sin redactar,

... señal de que yo quería tenerlo a usted como auditor y cada vez comprendo mejor que es a usted a quien quiero y no la extraña atmósfera de los Leones del Congreso que parten en todas direcciones. Sólo tengo amistad con Ferenczi y él ha tenido la amabilidad de venir a buscarme. Aparte de esto, sigo mi camino tranquilamente, ejerciendo, y adoro a Freud desde lejos. Una interrupción fue una estancia en Berlín con mi esposa, donde di unas cuantas conferencias con mucho placer y muy buenos resultados.

... Mi esposa le manda sus mejores recuerdos y le agradece sus amables palabras. Yo sigo siendo, como siempre

Su fiel discípulo

Freud respondió al punto a la carta. No le interesaban los admiradores personales, decía, sino la gente que pudiera proseguir la labor del psicoanálisis. Sabía que sufría de cáncer, y no tenía la fe de Groddeck en el futuro. Para él, la única actitud razonable era el aceptar que se le acortaría la vida. Tenía muchos deseos de que Groddeck aceptara la organización del psicoanálisis, aunque no se mostraba optimista.

Expresaba su desagrado por las tendencias de Groddeck de comportarse como un lobo solitario. Era una manera difícil, quizás imposible, de practicar el psicoanálisis, “que es una tarea exquisitamente social. ¿No sería mucho mejor para todos nosotros gritar juntos como un coro y a un mismo ritmo, en vez que quedarse cada uno en su rincón murmurándose a sí mismo?”

Valoraba el apego personal de Groddeck, le aseguraba, pero ahora tenía que transferirse en parte a otros. Sabía que Ferenczi visitaba a Groddeck, lo que le recordaba que él mismo no lo había visitado nunca. Acababa con una nota resignada. Ahora le resultaba muy difícil viajar. Quizás siempre sería así.

XV. “Sobre el alumbramiento, la vista y los números”, pp. 103-111, EL PSICOANALISTA PROFANO. Vida y obra de Georg Groddeck, Carl M Grossman y Sylva Grossman, 1ª Edición en español, 1967, Biblioteca de Psicología y Psicoanálisis, Editorial Fondo de Cultura Económica, México.

Volver a publicaciones de y sobre Georg Groddeck
Volver a News 10-ALSF